

# INTERZON@S 06

II ENCUENTROS EUROPEOS CON EL ARTE JOVEN

Palacio de Sástago + 4º Espacio  
Diputación Provincial de Zaragoza  
28 febrero-19 marzo 2006

# CRISTINA SILVÁN

# LINA VILA

Las fronteras de la pintura son permeables. Dos artistas como Cristina Silván (Pamplona, España, 1975) y Lina Vila (Zaragoza, España, 1975), cruzan dichas fronteras con facilidad y con notable despreocupación, cosa que comparten con muchos artistas. Quedó atrás el tiempo en que supuestas trasgresiones pudieron celebrarse con alharacas. Hoy es tan fácil como beberse un vaso de agua. En cualquier caso, y aunque es probable que no les importe demasiado, podemos decir que ambas artistas siguen siendo, en lo fundamental, pintoras. Lo fundamental no es la técnica, o el soporte, sino la voluntad. Nos recordaba Ignasi Aballí, que, por ejemplo, la obra de On Kawara es pictórica en el sentido estricto de la técnica, pero no lo es en absoluto en la intención.

Cristina Silván y Lina Vila mantienen, y creo que de un modo sincero, la fe en el poder de las imágenes. Todavía confían en su capacidad para atraparnos. En un sentido u otro. Bien enredando al espectador en redes ópticas, bien capturando su ánimo.

Cristina Silván es muy joven, pero pertenece

a una vieja tradición normativa, la de Max Bill o Bridget Riley. Para entender sus intenciones, creo que podemos olvidarnos de Lacan o de Derrida, para desempolvar la Gestalt y la Fenomenología. Hay que recordar las teorías sobre el poder coercitivo de lo visual, aquello que apuntaba Merleau-Ponty sobre “la imposibilidad de anular los efectos ópticos por medio del aprendizaje o del hábito”. Cristina Silván nos conduce hacia su terreno mediante estos efectos, y la seguimos entre el placer y el temor, como los visitantes de un parque de atracciones que sufren y disfrutan a la par en la montaña rusa o en el laberinto de los espejos.

Esta experiencia del laberinto es clave para entender a Cristina Silván, que suma a la tradición normativa una curiosa narratividad. Variantes del laberinto son sus círculos hipnóticos, con radios que separan dos colores, y sus círculos sin final, que recuerdan un dominó infatigable que terminara devorándose, una eternidad donde la variedad formal es sólo engaño. Estos círculos son los protagonistas de su última individual, en la galería Alejandro Sales, de Barcelona.

También ha encontrado en el espejo un nuevo avatar laberíntico. El espejo ha sido, desde los trabajos de Pistoletto o Richter, uno de los símiles o alternativas de la pintura. Tal vez la propia pintura sea otra metáfora del laberinto. Pero en el caso de Cristina Silván, es el scanner quien asume el papel de espejo. El artilugio digital traslada a los objetos a un mundo mágico, donde ya no se pueden tocar,

donde ganan un extraño poder de seducción.

Este tipo de trabajos son los seleccionados para InterZon@s'06. Pequeñas construcciones de papel o cartulina, de corte geométrico, pintadas en alguna de sus caras, se someten al scanner y terminan digitalizadas. El resultado es monumental y enigmático, los sencillos volúmenes nos miran desde el otro lado del espejo como Alicia, convertidos en personajes de nuestros sueños o nuestras pesadillas.

Ese factor humano, que hace de sus volumetrías unas criaturas novelescas, une los trabajos de Cristina Silván y Lina Vila. Esta artista zaragozana es, entre otras cosas, una excelente dibujante, y encontró en esa disciplina una vía de conocimiento humano, una forma de perder el tiempo con sus interlocutores, como sucedería en una conversación. Aquellos dibujos a lápiz, demorados en los recuerdos ajenos, recuerdos vinculados al dolor o la enfermedad, se han visto sustituidos, en sus exposiciones más recientes (en la galería Fernando Latorre, en el Museo de Albarracín), por una invitación a la metamorfosis. El dibujo (acuarelas sobre papel) permite que el cuerpo femenino se convierta en árbol o en ángel.

La pintura y el dibujo son sólo una parte del arsenal de Lina Vila. Han de añadirse el grabado, la fotografía y, cada vez más, y con mayores ambiciones, la instalación. Utiliza muchas veces los textiles, cosiendo o, mejor dicho, hilvanando con hilos rojos sobre sábanas blancas. El hilván habla de lo

inestable de la condición humana, de nuestras vidas que penden, literalmente, de un hilo.

Para Interzonas preferí mostrar fotografías, y Lina Vila realizó un trabajo nuevo, expresamente para la ocasión. En *Desvanecimiento* retoma sus obsesiones por la fragilidad humana. Es una secuencia de tres imágenes, cuyo sujeto es un hombre desnudo que intenta sostenerse sobre una muleta. Se trata del hombre descoyuntado, fuera de la coyuntura o de la historia. El idilio entre el cuerpo y la muleta ilustraría bien la vieja doctrina aristotélica, un dualismo que entiende el alma como forma del cuerpo. Es una doctrina que sigue funcionando bien en las distancias cortas, para una ontología de lo viviente, inmediata y realista (como la pintura). El cuerpo, privado de su aliento (retirado de su apoyo) se convierte en marioneta desarticulada. Nuestra proximidad a la muerte y a la enfermedad es un hecho que todos pretenden ocultarnos, como si fuéramos tontos. Artistas como Lina Vila se toman la molestia de recordárnoslo.

### Alejandro J. Ratia

CRISTINA SILVÁN

*Cubos Amarillo*, 2006 / 150 x 103 cm.

*4 Conos*, 2006 / 150 x 150 cm.

Imagen digital sobre papel fotográfico / p. 178-179

LINA VILA

*Desvalimiento*, 2006 / 100 x 80 cm.

Fotografía sobre aluminio / p. 181-182-183











